

Capítulo 474: Renacido

Seis meses.

Seis meses en los que el mundo que lo rodeaba se transformó en un laboratorio macabro.

Virgilio no vio pasar las estaciones—para él sólo existía el ciclo: cazar, matar, alimentarse. Bueno, no había estaciones en ese maldito bosque, pero ya entiendes la idea.

El suelo del bosque, ya de por sí horrible, era ahora un mosaico de ceniza y sangre seca. A medida que cada nueva bestia se atrevía a acercarse, avanzaba con precisión quirúrgica, arrancando piezas específicas y seleccionando con casi amoroso cuidado. Siempre era el mejor corte, la carne más saturada de esencia demoníaca, ofrecida como tributo.



La vaca... ya no podría llamarse así.

Al principio todavía había algo bovino en su forma—los cuernos, las pezuñas, la mirada redondeada. Pero a medida que pasaban las semanas, sus extremidades se alargaban, los músculos se multiplicaban en fibras superpuestas y las placas de hueso emergían de la piel como una armadura natural. Los cuernos crecieron como espirales negras, pulsando energía roja en sus fisuras.

Virgilio, sin embargo, no se inmutó ante esta creciente monstruosidad. Al contrario: sonrió.

Sonrió de una manera que le recordó a Rize al principio... pero más aguda, más conocedora.



En aquel entonces, cuando creó a Rize, actuó por impulso, por una curiosidad salvaje por ver hasta dónde podía llegar algo. Ahora sabía exactamente lo que estaba construyendo. Y esta certeza hizo que su cordura se erosionara como piedra roída por el mar.

En el segundo mes, las bestias más pequeñas dejaron de aparecer.

En el tercero comenzaron a venir en grupos.

En el cuarto, Virgilio ya se enfrentaba a criaturas que, por sí solas, podían destruir aldeas enteras. Ninguno logró pasar. Ninguno quedó intacto. Cada uno se convirtió en un nuevo paso en la evolución de la criatura.

Y la vaca... comió.

Comí hasta los huesos.

Comí hasta la esencia.

Comió y creció.

Su peso ahora hundió el suelo, creando cráteres poco profundos. El simple acto de respirar liberó bocanadas de vapor negro que mataron la vegetación circundante. Su mirada ya no era la de una bestia instintiva— estaba enfocada, calculada.

Observó a Virgilio como un aprendiz observa a un maestro... o como un depredador evalúa si ha superado a su creador.





A principios del quinto mes, Vergil comenzó a hablar con ella.

No en órdenes, sino en promesas.

"No eres como ellos... Eres el único." Su voz era baja, íntima, como si compartiera un secreto. "No me detendré. Ni siquiera cuando el mundo me pide que pare."

Rize a veces observaba desde lejos y no decía nada. Ella simplemente sonrió, esa sonrisa suya mezclaba orgullo y miedo.

Zuri, por otro lado, ya no sonreía. Observó con los ojos entrecerrados, como si calculara no la fuerza de la criatura... sino el momento exacto en que Virgilio perdería el control.

Luego llegó el sexto mes.

El bosque ya no existía.

Sólo había un campo árido, salpicado de huesos de criaturas demoníacas, algunos tan grandes que sus cráneos parecían colinas. En el centro de este cementerio viviente, Virgilio y la vaca entrenaron —si se le puede llamar entrenamiento. Él la golpeó, la empujó hasta sus límites y cuando ella sangró, la alimentó nuevamente.

Fue violencia y cuidado al mismo tiempo, como un escultor que rompe su propia obra y luego la vuelve a montar.

Ese día, Virgilio regresó de una cacería con algo diferente.





No era sólo carne—era un corazón. Un núcleo demoníaco, robado de una antigua bestia de montaña. El objeto pulsaba con un ritmo hipnótico, cada latido emitía un profundo estruendo que resonaba en el aire.

"Hoy," dijo, deteniéndose ante la criatura. "Hoy despertarás."

La vaca inclinó la cabeza. Sus ojos —rojos, fusionados con rayas doradas— no parpadeaban. Ella entendió.

Virgilio se subió a su espalda, caminó hasta su cabeza y colocó el núcleo sobre su lengua.

El sonido que siguió no era masticación. Fue absorción.

El núcleo se disolvió en luz y humo, entrando directamente en sus venas. Todo el cuerpo de la criatura temblaba y los músculos se tensaban como cuerdas de acero. De él explotó una ola de energía que arrojó a Vergil a metros de distancia.



Cayó de rodillas, pero se rió. Se rió como si acabara de escuchar el mejor chiste del mundo.

"Vamos, enséñame..." murmuró.

El suelo se agrietó bajo los cascos de la vaca.

El aire se volvió pesado, opresivo, como si una tormenta estuviera a punto de estallar.



Las placas óseas se abrieron como pétalos, revelando capas internas de carne viva e incandescente. Los cuernos volvieron a crecer, curvándose como garras de metal. Alas —sí, alas— brotaron de su espalda, demasiado grandes para su cuerpo, pero moviéndose con tremenda fuerza.

Y luego vino el sonido.

Ni un bramido, ni un rugido... sino algo entre una palabra y un grito, una vibración que entró en la mente del oyente. Era conciencia pura, despertando por primera vez.

Virgilio, todavía en el suelo, levantó la cara.

Él lo sabía: lo que lo miraba ya no era un animal. Ni siquiera era un monstruo.

Era un ser nuevo.



Y lo primero que hizo este ser fue dar un paso adelante, inclinar la cabeza y enfrentarse a Virgilio... no como un maestro, no como un creador. Pero como igual.

"Esto..." dijo Virgilio, con la voz llena de orgullo y locura, "...esto es lo que quería."

La criatura respiró profundamente y la energía que exhaló hizo temblar el horizonte.

El despertar fue completo.



La luz a su alrededor se dobló como si el mundo entero contuviera la respiración.

El cuerpo de la vaca demoníaca —ahora mucho más allá de cualquier definición de "vaca"— comenzó a vibrar, los huesos se realinearon, los músculos se contrajeron y expandieron como mareas furiosas. La piel se desgarró en rayos de luz negra y carmesí, revelando nuevo tejido muscular, más denso, más vivo, pulsando como el corazón de un dios caído.

Vergil no apartó la mirada ni un instante.

Ya había visto algo así antes... cuando Rize tomó forma. Pero ahora no había ninguna duda: él no sólo lo estaba presenciando—, sino que lo estaba moldeando.

La energía que se condensaba a su alrededor era tan intensa que el suelo se hundió bajo sus pies, dejando cráteres profundos. El aire ardía en los pulmones de cualquiera que se atreviera a acercarse. Sus cuernos crecieron y se curvaron hacia arriba, adquiriendo un brillo dorado en los bordes. Su cabello, ahora de un blanco plateado casi líquido, revoloteaba como si estuviera sumergido en una corriente invisible.



Había llegado el momento final de la reconstrucción.

Una ola de poder recorrió el claro y la luz que había envuelto su cuerpo se disipó, revelando la forma que permanecería grabada en la memoria de todos: alta, imponente, con un porte que mezclaba brutalidad con gracia depredadora. Sus músculos estaban perfectamente definidos, pero eran inquebrantables; cada línea de su cuerpo llevaba la promesa de una fuerza abrumadora.

Virgilio sonrió.



Se acercó sin prisas, como si observara el resultado perfecto de una escultura después de meses de trabajo. Apoyando a Yamato sobre su hombro, levantó la mano y, con un movimiento casi casual, conjuró ropa que se moldeaba alrededor de ella — tela rígida, diseñada para no restringir su movimiento, pero diseñada para recordarle a cualquiera que la mirara que no se trataba de un guerrero común y corriente.

Sus ojos, ahora de una violeta resplandeciente, se fijaron en él. No hubo ninguna vacilación. Ella avanzó.

Sin previo aviso, el suelo explotó bajo el impacto de sus cascos y su cuerpo se lanzó hacia adelante con la misma técnica que utilizó para cerrar la distancia en combate. La espada improvisada que empuñaba —un trozo de cuerno demoníaco— cortaba en diagonal por el aire, reflejando el corte inicial de Yamato con precisión milimétrica.

Virgilio detuvo el golpe. La colisión provocó una onda expansiva que destrozó árboles y empujó rocas. Él se rió.

"Eres fuerte, niña..." dijo, presionando su espada contra la de ella y sintiendo que la fuerza bruta lo empujaba hacia atrás. "Y atrevido."

Ella respondió sólo con un rugido profundo, haciendo girar su cuerpo y desatando una ráfaga de golpes rápidos —cada movimiento, cada paso, una sombra del propio estilo de Virgilio, sólo que más pesado, más animal.

Él esquivó, analizó, y cada esquivada sólo amplió su sonrisa.

Porque ahora lo sabía: ella no era sólo otra creación.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Ella era un reflejo de él... pero libre.

